

sus hijos, mientras los hacendados de Maryland y de Virginia carecían de un centro como Charlestown, emporio de cultura e instrucción como de comercio, y vivían generalmente en sus plantaciones.

La Pensilvania

Al aparecer por primera vez la secta cuáquera en Inglaterra encontró en todas partes una actitud decididamente hostil, porque parecía a todo el mundo incompatible con el orden establecido. Una religión que no quería iglesias, ni sacerdotes, ni categorías sociales, ni ceremonias ni culto exterior; que detestaba el juramento, la guerra y por tanto la carrera militar; que huía de toda disputa, riña, litigio y pasión; que no reconocía nacionalidades sino hermanos, que rechazaba el lujo, los títulos y toda vanidad mundana; una religión que en cambio solo practicaba la sencillez, la paz, el amor al prójimo, la caridad, cuyos adeptos jamás se irritaban, solo usaban palabras bondadosas y se mostraban en todo afables, era para la gente de aquella época la anarquía y por esto los cuáqueros fueron objeto de odio para los clérigos y para los devotos, como para los hombres de armas y los amantes del oropel y del lujo.

Guillermo Penn, el fundador del Estado de Pensilvania, era cuáquero. Nació en Londres en el año 1644; era hijo del almirante que conquistó para Inglaterra la isla de Jamaica, y que sirvió en la guerra marítima contra Holanda. Gozaba este almirante de gran consideración en la corte, y el duque de York, que después reinó con el nombre de Jacobo II, fué padrino de su hijo Guillermo, a quien sus biógrafos pintan ya desde la niñez como carácter mediatando y concentrado. A la edad de quince años entró en la universidad de Oxford, donde en lugar de tomar parte en los juegos y reuniones de los de su edad, solía ocuparse con algunos compañeros en meditaciones religiosas, con tanta afición que sus superiores le reprendían y aun le castigaban. El joven persistió sin embargo en su conducta, la cual se hizo tanto más chocante cuanto mayor y más decidida resistencia mostraba a cumplir ciertos actos del culto. Por todo esto fué despedido del colegio. No fué esto lo que sintió más su padre, sino el alejamiento voluntario de su hijo de la sociedad elevada y noble a que pertenecía, y el verle frecuentar en cambio la de hombres de la clase vulgar que como él meditaban sobre la vida humana y el destino del hombre. Tampoco dieron resultado las reprimendas ni los golpes de su padre, el cual finalmente le expulsó de la casa. La madre, mujer bondadosa y tierna, socorrió ocultamente a su hijo, y hasta logró reconciliarle con el padre, y el joven Guillermo fué enviado a viajar, prescribiéndole primero la visita a París, para aprender allí las costumbres elegantes y distraerse de sus cavilaciones. Tampoco dió resultado este remedio; a los pocos meses salió el joven de la capital de Francia y marchó a Saumur a estudiar teología en casa del erudito Moisés Amyrault. De allí, cumpliendo con el deseo de su padre, pasó a Turin, de donde aquel le llamó a Londres para entregarle la administración de su casa, pues que había admitido como almirante el mando de una escuadra que debía operar contra los Países Bajos.

El hijo aprovechó esta circunstancia para dedicarse en Londres al estudio práctico del derecho, pero la peste le obligó a salir de la capital con su madre. El padre, al regresar de la guerra, vió con disgusto que su hijo continuaba retraído de la alta sociedad. Guillermo se negaba tenazmente a frecuentar la corte y hacer carrera, conforme podía hacerla atendidas la posición y las relaciones de su padre, y entonces este quiso emplear el último esfuerzo para hacer de su hijo

un hombre según las ideas corrientes, y le envió a Irlanda, primero a la brillante corte del virrey de la isla, el duque de Ormond, y después a sus propias posesiones para regentarlas. Esta vez también fué el resultado enteramente contrario a lo que el padre esperaba: el hijo hizo en Cork conocimiento con cuáqueros y se afilió a esta secta. Allí le prendieron, pero el joven protestó y hubo de ser puesto en libertad; fué llamado por su padre y este, después de haber apurado inútilmente todos los recursos de persuasión, expulsó al hijo incorregible de la casa paterna.

Entonces dedicóse Guillermo a la propaganda de la doctrina cuáquera, recorriendo ciudades y aldeas, pronunciando discursos y sermones, y publicando folletos, disertaciones y libros de propaganda, cuyo gran número y cuyo lenguaje atestiguan el ardor, actividad y grandes dotes del autor. A petición del obispo de Londres estuvo encerrado en la Torre por hereje, y al ver su padre tanta convicción y constancia, reconcilióse de nuevo con él. Guillermo fué absuelto por el jurado, pero se le encarceló de nuevo por desacato al tribunal, porque consecuente hasta el extremo con la doctrina cuáquera, no se había quitado el sombrero durante la vista de la causa. Esta vez pagó su padre secretamente la pena equivalente en metálico. En su lecho de muerte, el almirante se hizo prometer por el rey y el heredero del trono, el duque de York, que mirarían en cuanto pudiesen por su hijo, y a este dijo: «Hijo mío, si tú y tus amigos continuáis firmes viviendo y predicando conforme a vuestros principios sencillos, acabareis por hacer desaparecer para siempre toda clerecía.» Dicho esto, expiró (en el año 1670). Al año siguiente estuvo Guillermo Penn otros seis meses en la cárcel, para lo cual bastó a sus adversarios hacerle exigir el juramento de fidelidad, a lo cual se negó, como aquellos ya suponían, pues que los cuáqueros no juran nunca ni por nada. Posteriormente hizo Penn un viaje a Holanda y Alemania para hacer propaganda; después casóse, en 1672, a la edad de veintiocho años, en primeras nupcias, con Julia Springett (1).

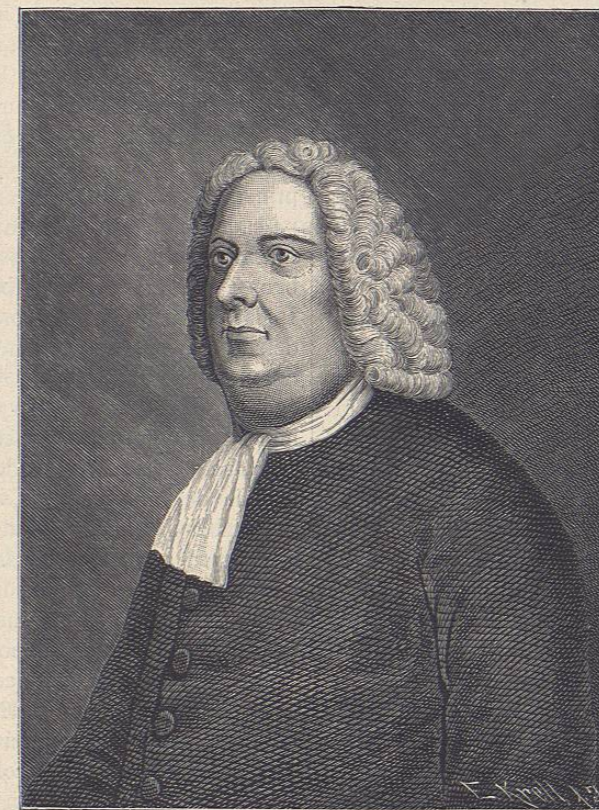
Viéndose los cuáqueros tan vejados y oprimidos, era natural que dirigiesen sus miradas, como los puritanos, a la América del Norte, donde pudieran vivir en paz y realizar su ideal sin ser molestados; y un grupo de ellos, en 1674, por medio de un tal Byllinge, compró de lord Berkeley y del caballero Carteret la parte occidental de la Nueva Neerlandia, situada entre los ríos Hudson y Delaware, por mil libras esterlinas (25,000 pesetas). Este territorio, que constituye el actual estado de Nueva Jersey, había sido concedido a los dos citados nobles por el duque de York, y la primera colonia que fundaron recibió el nombre de Jersey en memoria de la defensa, dirigida por Carteret, de la isla del mismo nombre situada en el Canal de la Mancha, cuando fué bloqueada por las fuerzas de Cromwell. También habían fundado los mismos agraciados otras colonias rudimentarias llamadas Elisabethtown, Newark, Middletown y Shrewsbury, probablemente en establecimientos anteriores de holandeses, suecos e ingleses. Los primeros cuáqueros, conducidos por Fenwick, llegaron en 1675 y fundaron a orillas del Delaware la colonia Salem, y no pudiendo el que figuraba como comprador del territorio cumplir su compromiso, salieron fiadores tres cuáqueros, entre ellos Penn, y empezaron a vender terrenos.

(1) Penn entró en la secta cuáquera, convertido a sus doctrinas por el predicador Loe, cuando todavía estudiaba en Oxford, a la edad de 15 ó 16 años. Fué encerrado en la Torre en 1668 por haber publicado su folleto titulado: «Los cimientos de arena conmovidos.» (*The sandy foundation shaken*); durante los siete meses de encierro escribió otra obra titulada: «Sin la cruz no hay corona.» (*No cross no crown*, Londres, 1669.) Volvió a la cárcel porque no se quitó el sombrero delante del alcalde de Dublin. (N. del T.)

Entretanto hizo la secta muchos prosélitos en varias colonias americanas a consecuencia de la propaganda de Fox, fundador de la secta, el cual recorrió todas las colonias, desde Rhode-Island hasta la Carolina.

En 1677 los cuáqueros redactaron una constitución para la Nueva Jersey occidental; al año siguiente contó la colonia cuatrocientas almas, y tres años después, en 1681, presidió Jennings, como gobernador suplente, la primera asamblea legislativa. Entretanto, Guillermo Penn, en unión de once correligionarios, había adquirido de los herederos de Carteret la parte oriental de Nueva Jersey, donde se habían establecido principalmente puritanos, y en el mismo año el gobierno inglés le concedió, por el precio de 16,000 libras

esterlinas (400,000 pesetas), que el padre de Penn había adelantado al gobierno en la última campaña, una extensión de territorio a orillas del río Delaware que abarcaba tres grados de latitud y cinco grados de longitud. El duque de York quiso quedarse con el territorio que forma el actual estado del Delaware, pero al fin renunció a sus pretensiones. A tan favorable resultado habían contribuido poderosamente muchos elevados personajes como North, Halifax, Sunderland y otros amigos del padre de Penn; y el mismo rey Carlos II, a quien había caído en gracia el hijo, al saber que este quería llamar Silvania el vasto territorio que había adquirido, se empeñó en que Penn añadiera su apellido a aquel nombre y que llamara al país *Penn-Silvania*, ó sea Pensilvania.



Guillermo Penn.—Copia de un cuadro de Godofredo Kniller (1659-1723)

La real patente que ratificó la adquisición no se diferenciaba de otras patentes análogas, y en 1682 pasó Penn, sin su familia, a América a tomar posesión de su territorio é inaugurar en él la obra piadosa para la cual lo había adquirido. Al año siguiente, 1683, fundó la ciudad del amor fraternal, Filadelfia, que por lo pronto se compuso de cuatro chozas, pero que dos años después contaba ya seiscientas casas, una escuela y una imprenta. Para hacerlo todo legalmente, concluyó Penn los debidos y solemnes convenios con los indígenas, que cumplieron durante muchos años, como los cuáqueros, lo convenido; pero es fábula cuanto se ha dicho respecto de que jamás fueron molestados los pacíficos y leales cuáqueros por los pieles rojas, porque en años posteriores fueron degollados muchos de los primeros en las guerras sanguiarias originadas por cuestiones de límites; si bien los indios en muchas otras ocasiones respetaron como sagrados a aquellos hombres pacíficos, que se dejaban matar antes de empuñar armas homicidas y verter sangre humana.

Ninguna otra colonia inglesa se desarrolló tan rápida y vigorosamente como la Pensilvania, la cual en 1688 contaba aproximadamente 12,000 y en 1755, con inclusión del Delaware, 220,000 habitantes.

do ni siquiera un presentimiento lejano; pero una vez reechos, abandonaron una secta cuya moral elevada y radical no habían podido comprender nunca.

En el año 1682 visitó Penn por primera vez su colonia, donde convocó en seguida una asamblea general; y en ella sancionó los veinticuatro artículos de la constitución preparados al efecto y que casi un siglo después, en 1776, sirvieron de base al proyecto de constitución de la gran república de los Estados Unidos del Norte. Además, celebró importantes convenios con los indios, relativos a la cesión de vastos territorios (1).

Las colonias inglesas de la América del Norte en el reinado de Carlos II

Carlos II empezó su reinado concediendo, entre otras mercedes, algunas a diferentes colonias americanas; las del Connecticut recibieron una patente constitutiva que unía en una sola colonia las de Hartford y de Newhaven, sin designar más límite hacia el Oeste que el Grande Océano. La unión se verificó, aunque los colonos de Newhaven habrían preferido quedar independientes. Winthrop el menor gobernó desde 1662 hasta 1676 la colonia unida de Connecticut con notable acierto; la real patente dejó a los habitantes tanta libertad, que formaban poco menos que una república independiente; una patente análoga recibió también en 1663 la pequeña colonia de Rhode-Island. Cada pueblo formaba a su vez una comunidad, que se gobernaba democráticamente; era ciudadano el que vivía en el país, y los que lo abandonaban perdían este derecho; los habitantes se dedicaban casi exclusivamente al cultivo de la tierra, y si bien eran muy religiosos, no eran intolerantes. No había entre ellos ni mendigos ni vagabundos. Eran amigos de la instrucción, y todos los niños de ambos sexos debían concurrir a su respectiva escuela. En el año 1700 fundaron una biblioteca, a la cual se agregaron cursos de instrucción superior hasta transformarse en una especie de universidad; y la administración de justicia era tan sencilla, que durante mucho tiempo se pasaron aquellos colonos sin abogados letrados.

Carlos II llevó su liberalidad más allá de todo límite prudente, y regaló territorios a sus favoritos sin consultar a nadie; la Virginia había sido cedida por treinta y un años; reconquistada Nueva York, la dió a su hermano el duque de York con todo el territorio entre los ríos Delaware y Connecticut, con una parte del Maine; Guillermo Penn recibió la Pensilvania; al duque de Monmouth le regaló el resto de la colonia de Maine y el New-Hampshire; Tomás Temple fué agraciado con la Nueva Escocia, y el príncipe Ruperto recibió el monopolio del comercio de los territorios ribereños de la bahía de Hudson.

Todas las colonias reconocieron voluntariamente y con más ó menos entusiasmo la monarquía restaurada y al nuevo rey, menos la colonia de Massachusetts, que tardó un año a reconocer los hechos consumados, reclamando de paso por medio de dos comisionados una modificación de la ley de navegación ó de comercio marítimo, que perjudicaba muchísimo su comercio propio; pero sus reclamaciones encontraron en la corte de Inglaterra oídos sordos, porque la colonia se había negado a entregar los tres jueces que habían pro-

(1) En 1684 regresó a Inglaterra, donde trabajó eficazmente en favor de sus correligionarios. En 1699 hizo otro viaje a Pensilvania, pero en 1701 hubo de regresar a Inglaterra, adonde le llamaron sus negocios particulares. En 1712 vendió sus derechos de propietario de la Pensilvania a la corona de Inglaterra por 280,000 libras esterlinas (siete millones de pesetas) y se retiró a su propiedad de Rushamb, en el condado de Buckingham, donde murió en 30 de mayo de 1718. (N. del T.)

nunciado la sentencia de muerte de Carlos I y se habían refugiado allí en la época de la restauración. Cuando el gobierno inglés envió a América la escuadra encargada de apoderarse de la colonia holandesa, iba también en uno de sus buques una comisión que debía instalarse en Boston con atribuciones latas pero con el encargo de cercenar las libertades del pueblo de Massachusetts. Esto disgustó mucho a los colonos, los cuales sin aguardar lo que haría la comisión, adoptaron una actitud amenazadora y enviaron una exposición al rey suplicándole que llamara a Inglaterra a sus comisionados. En esto sobrevino un cambio de ministerio en Inglaterra, por cuya razón aplazó el rey la realización de su intento hasta mejor ocasión.

Según el cálculo estadístico hecho en el año 1675, contaba entonces la colonia de Plymouth, aproximadamente, 7,000 habitantes; la de Connecticut 14,000; la de Massachusetts más de 22,000, y las de Maine, New-Hampshire y Rhode-Island, cada una unos 4,000. Todas estas poblaciones se habían establecido en la costa, y muy raros eran los establecimientos de europeos en el interior. Los productos principales eran, en primer lugar, los agrícolas y después pescado, maderas de construcción y pieles. El gobierno de Massachusetts extendía su jurisdicción hasta el río Kennebec en el Maine, y entre todas las repúblicas de la Nueva Inglaterra manteníase firme todavía la alianza ofensiva y defensiva hecha principalmente contra los indios, que fueron duramente escarmentados en los años 1675 y 1676. Concluida esta guerra, llegó un nuevo comisionado del gobierno inglés para informarle del estado del país. Los informes de este agente, llamado Randolph, fueron desfavorables a la colonia de Massachusetts, cuyos habitantes, al saber que se trataba de reducir su territorio y limitar sus libertades, compraron por 1,250 libras esterlinas la parte del Maine antes que el gobierno se la arrebatase. Pero como este territorio estaba continuamente visitado y asolado por los indios y los franceses, su posesión originó conflictos y disgustos costosos, y entonces decretó el gobierno inglés, en 1680, la separación de New-Hampshire del Massachusetts y su reincorporación a los bienes de la corona. Cuatro años después recibió la colonia el golpe principal con la anulación de su patente, sin que los habitantes se atrevieran a oponerse.

El plan del gobierno inglés era formar una sola colonia con todos los territorios comprendidos entre el Delaware y el Maine, y desde el año 1675 estaba trabajando para la realización de este plan. En el citado año el gobernador Andros, de Nueva York, trató de agregar a esta colonia el territorio de Connecticut hasta el río de este nombre. Agregóse sin dificultad la mitad de la isla de Long-Island, que formaba parte del Connecticut, pero no sucedió así en el continente, donde los colonos no le dejaron entrar en el primer fuerte Saybrook, enarbolando la bandera nacional inglesa contra la del rey, que desplegó Andros. No tuvo mejor fortuna en Nueva Jersey, y el parlamento inglés dió después la razón a las colonias.

En aquella época inmigraron en Nueva Jersey y poblaron toda la parte oriental de la colonia numerosas partidas de presbiterianos escoceses, que huían de la opresión de que eran objeto en su país.

Apenas hubo cerrado los ojos para siempre Carlos II, su hermano Jacobo II, que subió al trono en 1685, emprendió de nuevo la fusión de las colonias, y sin curarse de las promesas más solemnes ni de patentes, decretó la agregación de Nueva Jersey a la colonia de Nueva York. En esta ciudad había reunido en 1683 el primer parlamento de la colonia; y como Jacobo II no era amigo de tales asambleas, anuló

también las concesiones hechas a Nueva York por su predecesor y envió a Andros a América en calidad de gobernador general de todas las colonias del Norte. Andros llegó en 1686 a Boston, donde restableció el culto según el rito de la Iglesia anglicana sin hacer caso de las protestas de los puritanos; recogió la real patente concedida a la colonia de Rhode-Island, y habría hecho lo mismo con la de Connecticut si un vecino de Hartford, llamado José Wadsworth, no hubiese sacado disimuladamente este precioso documento de la sala de sesiones, ocultándole en el hueco de un viejo roble hasta mejores tiempos. Estos no tardaron mucho en llegar, porque en 1688 la revolución arrojó a Jacobo II del trono y puso en él a Guillermo III, su yerno. Cuando la noticia de este cambio llegó a América, los ciudadanos de Boston prendieron a su gobernador, casi todas las colonias volvieron a sacar sus reales patentes y los parlamentos volvieron a ocuparse en los negocios del gobierno interior de sus territorios.

Las colonias de la América del Norte después del destronamiento de Jacobo II

En las colonias americanas se enfrió luego el entusiasmo que había excitado la revolución del año 1688, porque no había sido ninguna revolución social en la cual sus partidarios se propusieran directamente entronizar principios humanitarios, la igualdad, la libertad y la fraternidad, sino únicamente fines materiales y palpables aun faltando a la justicia si era menester. Aquellos revolucionarios querían garantías sólidas para la seguridad de las personas y haciendas, de los derechos y deberes y de los privilegios de los hijos de Inglaterra, según la clase a que pertenecían. La nación, representada por su parlamento, había destronado a Jacobo II y proclamado en su lugar a su hija María y a su esposo el príncipe de Orange con el nombre de Guillermo III. Desde entonces el verdadero soberano de Inglaterra fué el parlamento, el cual ante todo velaba por los intereses del pueblo contribuyente, es decir, de la clase media, del comerciante. Este a su vez se dejaba guiar más por los intereses de los partidos dominantes que por los de la equidad; si se interesaba por las colonias, era en cuanto su posesión aumentaba el poderío y riqueza de la metrópoli. Con este poder soberano debían tratar en adelante las colonias.

La revolución de 1688 había sido hecha principalmente en interés del protestantismo inglés, de lo cual se hubo de vencer pronto la colonia de Maryland, fundada por el católico lord Baltimore, ó mejor dicho por su hijo Cecilio, en el sentido tolerante de su padre. El heredero del concesionario ó propietario feudal del territorio de Maryland, como católico que era retardó su reconocimiento y la proclamación en la colonia del nuevo soberano, protestante y adalid de la causa protestante, con lo cual dió lugar a desórdenes que amenazaban acabar en una guerra intestina entre los habitantes del Maryland. Esto determinó al gobierno inglés a retirar al concesionario la real patente de concesión y a incorporar el país a los bienes de la corona. A fin de desarmar la influencia de los elementos católicos, se nombró capital de la colonia a la ciudad de Anápolis y se prohibió el culto católico, a pesar de haber sido católicos los que habitaron primero el país. Quedó prohibida también la enseñanza por maestros católicos y fué desposeído el dueño del territorio de todos sus derechos sobre él. En cuanto a las sectas protestantes disidentes de la anglicana, todas podían continuar el ejercicio de su culto respectivo. Posteriormente, en 1715, fué rehabilitado en todos sus derechos el hijo del desposeído porque había abjurado la religión católica é ingresado en la Iglesia anglicana ortodoxa.

El Maryland, situado entre los Estados del Sur y del Norte, jamás llegó a tener la esclavitud sistemáticamente organizada; las ciudades eran pequeñas, el comercio insignificante y los productos agrícolas principales eran el tabaco, el cáñamo y el lino, cuyos dos últimos artículos dieron lugar a las correspondientes manufacturas de hilados y tejidos. En el año 1710 se calculó la población blanca en 30,000 almas; la instrucción estaba descuidada; en cambio, en 1695 se estableció una comunicación regular con Filadelfia que se reducía a ocho correos al año, pero las vías ó caminos que conducían a la capital se señalaban en los árboles en los trechos que atravesaban las grandes selvas que cubrían todavía el territorio. Estas selvas servían de refugio a innumerables lobos, tanto que en el año 1717 las autoridades pagaban todavía premios por cada lobo que se mataba.

También alcanzó a Guillermo Penn el cambio de régimen, porque fué desposeído de sus derechos de propietario a causa de los muchos conflictos promovidos entre los cuáqueros, en parte por funcionarios públicos ineptos, en parte por un cisma entre los mismos colonos. El gobierno en 1693 envió como gobernador de Pensilvania y del Delaware, que dos años antes se había constituido en colonia independiente, a Benjamin Fletcher, que fué impotente contra la resistencia pasiva y tácita que le opusieron todos los habitantes de las dos colonias. Al poco tiempo, Guillermo Penn fué reintegrado en todos sus derechos; mas en 1702 volvieron a separarse las dos colonias y esta vez para siempre.

En 1693 había quedado Guillermo Penn viudo y viajó algunos años por Alemania; en 1696 volvió a contraer segundas nupcias con la hija de un comerciante de Bristol (1), con la cual, en 1699, volvió a América, donde restableció la paz y el orden, y en 1701 regresó a Inglaterra para defender su derecho de propiedad. Desde entonces le persiguió la desgracia; sus recursos estaban agotados, y si bien el desarrollo de su creación, la Pensilvania, fué brillante, no dejó a su autor por lo pronto ningún beneficio, exigiendo al contrario todavía desembolsos, porque los millares de hectáreas de terreno inculto, que pocos años después se vendieron a precios muy elevados, no produjeron nada a Penn, que se vió enredado en pleitos y hasta repetidas veces preso por deudas. A estos disgustos se agregaron enfermedades, y los últimos seis años de su vida, desde 1712 hasta 1718, estuvo completamente impedido hasta que la muerte le libertó de sus padecimientos. El juicio de la posteridad sobre este hombre extraordinario es contradictorio; autores ingleses hay, entre ellos Macaulay, que le critican severamente por ciertos actos vituperables; su gran amistad con el rey católico Jacobo II le ha valido ser calificado de partidario secreto de los papistas, mientras otros historiadores le presentan como un dechado de virtud y de constancia. Como propietario feudal del territorio de la colonia chocó muchas veces con los principios democráticos de la secta cuáquera; pero de las demás imputaciones ninguna ha sido probada, mientras las obras y muchos pensamientos de este hombre eminente le aseguran una fama imperecedera. De sus hijos ninguno llegó a adquirir notabilidad.

Respecto de Nueva Jersey nos resta decir que habiendo establecido el gobierno inglés el principio de que los concesionarios privilegiados de territorios coloniales podían enajenar y transmitir a otros sus propiedades pero no la autoridad gubernativa que les concedían las reales patentes, se apresuraron los concesionarios de Nueva Jersey a hacer dinero de su territorio, parcelándolo y vendiéndolo. Hubo entre ellos y con terceras personas disputas y litigios, y finalmente incor-

(1) Con Ana Callowhill, pero fué, según los mejores biógrafos de Penn, en 1695.